



S. ATANASIO

PATRIARCA DE ALEXANDRIA.

respeto humano malogra infelizmente muchas veces los mas fervorosos propósitos. Dí con valor á esas personas que te aconsejan que seas menos severo, menos rigido, y un poco mas condescendiente; á esas que te convidan á que las imites, á que las acompañes en sus peligrosas diversiones; dilas lo que decia en otro tiempo santa Blandina: *Christiana sum: nihil apud nos admittitur sceleris*: Cristiana soy, y este solo nombre, esta sola profesion me prohíbe estas diversiones profanas. Haz hoy una visita particular á Cristo en el Sacramento, para pedir perdon de lo poco que hasta aquí le has conocido y amado, para prometerle en adelante una fidelidad inalterable, para pedir su gracia, rezando á este fin la letanía de la Virgen. Acuérdate de lo que intima san Juan: Que el que dice que conoce á Dios, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso: *Qui dicit se nosse Deum, et mandata ejus non custodit, mendax est* (1).

## DIA SEGUNDO.

## SAN ATANASIO, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA.

San Atanasio, venerado en toda la Iglesia católica por una de las mas firmes columnas de la fe, por ilustre defensor de la divinidad de Jesucristo, por una de las mas brillantes lumbreras de todo el mundo cristiano, y en fin, por uno de los mayores santos de la Iglesia, nació en Alejandria de Egipto por los años de 294. Sus padres eran muy distinguidos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad; y así hicieron todo lo posible para dar al niño Atanasio

(1) I. Joan 2.



una educacion correspondiente á su religion y á su noble nacimiento. Dejóse admirar de todos los que estaban encargados de formarle, la viveza y la extraordinaria penetracion de ingenio que manifestaba nuestro niño; y los rápidos progresos que hizo en las letras humanas, en una edad en que otros niños apenas saben hablar, hicieron conocer bastante lo que habia de ser con el tiempo. Cuenta Rufino que un dia de fiesta estando jugando con otros niños de su edad, y divirtiéndose en remedar las ceremonias de la Iglesia, bautizó á algunos que no estaban bautizados; y que noticioso el patriarca san Alejandro de este hecho, llamó á Atanasio, y bien informado así de su intencion, como de las palabras que habia dicho al echarles el agua, declaró que habian recibido legitima y verdaderamente el santo bautismo.

El suceso de este dia fué para el santo obispo como un presagio de las grandes cosas á que destinaba la divina Providencia á nuestro Atanasio. Tomóle á su cargo, y viéndole en poco tiempo tan adelantado en las letras humanas, le aconsejó que se dedicase al estudio de las divinas, en las que seguramente se puede afirmar que pocos hicieron mas progresos en tan corto espacio de tiempo. Sus escritos en defensa de la religion son el mejor testimonio de aquella rara penetracion con que comprendia todas las ciencias; pues en ellos se acredita de excelente filósofo, profundo teólogo, hábil jurisconsulto y bien instruido en todas las bellas artes, y todo esto en una edad en que por lo comun el mayor mérito es el deseo de saber.

Pero al paso que cada dia se iba haciendo mas sabio, se hacia tambien mas santo. Llevóle al desierto la fama de san Antonio; y en la escuela de tan insigne maestro progresó tan maravillosamente en me-

nos de dos años en la ciencia de la salvacion, que sin duda la Tebáida hubiera poseido sola este tesoro, si no se hubiera valido de su autoridad el patriarca de Alejandría para obligarle á que pasase á aquella ciudad.

Dejóse ver en ella con todo aquel concepto y estimacion con que en todas partes se presenta un hombre de extraordinario mérito, acompañado tambien de una virtud extraordinaria. Desde luego fué el asombro y las delicias de los católicos; y desde luego fué tambien el terror y espanto de los herejes y gentiles. A los veinte años de su edad compuso contra ellos dos admirables tratados, intitulado el segundo *de la Encarnacion del Verbo*. Hizole san Alejandro secretario suyo; elevóle á los sagrados órdenes, y se valió de su pluma y de su ministerio para confundir á los melecianos y á los demás herejes.

Pero el mayor enemigo de la Iglesia, contra quien singularmente estaba destinado Atanasio, era el impio Arrio, presbítero de Alejandría y cura de la parroquia de Baucala, el cual habiendo sido depuesto y privado del curato por el patriarca san Pedro, supo disimular tan bien la malignidad de su ingenio y de su corazon, cubriéndose con cierto exterior aparato de compuncion y de penitencia, que engañado san Aquilas, sucesor de Pedro, le restituyó á su curato, y le confirió el orden del sacerdocio que aun no tenia al tiempo de su deposicion. Viéndose ya cura por sus artificios, aspiró á verse patriarca; y no pudiendo tolerar que le hubiesen pospuesto á san Alejandro, se declaró cabeza de partido, comenzó á hablar contra la divinidad de Jesucristo, y fué el mayor y mas pernicioso enemigo que ha conocido la Iglesia.

Apenas descubrió la cabeza este monstruo, cuando salió Atanasio á combatirle y aniquilarle. Pero como nunca faltan recursos á la herejía, aunque Arrio



quedó muchas veces convencido y avergonzado, así en particular como en público, por nuestro santo, encontró parciales aun dentro del mismo clero; y para atajar el mal, se consideró necesario convocar el célebre concilio de Nicea. Concurrió á él Atanasio, acompañando á su obispo, y sobresalió mucho por su sabiduría y por su zelo. Fué anatematizada por el sínodo la impiedad arriana, y nuestro santo se adquirió muy grande reputación por las disputas públicas que tuvo con el heresiarca, en las cuales le dejó confundido; y asombró tanto á los padres con su vigilancia y penetración en descubrir los artificios de los herejes, en desenredar sus sofismas y en desconcertar su partido, que aunque á la sazón no era mas que diácono, ya le consideraban todos como el azote de los arrianos y como una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia.

Concluido el concilio, se volvieron á Alejandría san Alejandro y su diácono; pero consumido el santo Patriarca al rigor de sus penitencias y trabajos, murió santamente cinco meses despues. Poco antes de espirar, como no viese por allí á Atanasio, que habia huido para que no le hiciesen su sucesor, exclamó con espíritu de profecía: *Atanasio, tú piensas escaparte con la fuga, pero esta no te librará de la silla patriarcal.* Murió Alejandro, y fué proclamado por patriarca Atanasio con unánime aclamación del clero y del pueblo. Su ausencia hizo retardar la consagración; porque en efecto se habia escondido tan de veras y tan bien, que en seis meses no fué posible saber donde paraba; pero descubierto en fin, su tesón en no querer aceptar la dignidad solo sirvió para que todos se confirmasen mas y mas en lo mucho que la merecia. No dando oídos ni á sus razones ni á sus lágrimas, fué consagrado el dia 27 de diciembre del año 326; y desde luego hizo conocer á todos que no era fácil

encontrar sugeto mas digno de ocupar la segunda silla de toda la Iglesia universal.

Mirábanle ya los arrianos como al mas terrible azote de su secta; y no habiendo podido estorbar su consagración, hicieron cuanto pudieron para que se declarase por ilegítima, tachándola de menos canónica. Llevaron las quejas y las calumnias á la corte del emperador, siendo los que mas las esforzaban Eusebio de Nicomedia, Téonis y Alaris, insignes protectores del arrianismo; pero todos sus artificios se convirtieron en vergonzosa confusión de sus mismos autores. En el mismo instante en que Atanasio fué elevado á la silla patriarcal, se cuenta que el espíritu de Dios dijo á san Pacomio: *Yo he puesto á Atanasio por columna y por lumbrera de la Iglesia; muchas tribulaciones y calumnias tendrá que padecer en defensa de la fe y de la virtud; pero será siempre sostenido por la gracia de Jesucristo; vencerá todas las tentaciones, y anunciará á las iglesias la verdad del Evangelio.*

Ninguno cumplió mas exactamente con todas las obligaciones de obispo. Consumado en ciencia y en virtud, no solo era la admiración de los demás preladados, sino su mas perfecto modelo. No obstante de ser su diócesis una de las mas dilatadas de toda la Iglesia, pocas ovejas dejaban de oír cada año la voz de su pastor, y ninguna se escapaba á su solicitud y vigilancia pastoral. Era dulce, afable, compasivo; y siendo todo para todos á fin ganarlos á todos para Jesucristo, nunca se separaban de su zelo la caridad y la dulzura.

Sus trabajos apostólicos, aunque tan continuos y de tan gran fatiga, no disminuían un punto el rigor de sus penitencias. A la acción y al estudio acompañaban siempre el ayuno y la oración. Sus rentas eran únicamente para los pobres; y siendo igual su actividad en socorrer las necesidades espirituales y las



corporales, sabia prevenirlas. Era pastor, era padre, y su dulzura daba gran realce á su caridad.

Entre tanto, viéndose el impio Arrio desterrado por el emperador Constantino, después de haber sido condenado por el concilio de Nicea, no dejaba piedra por mover para engañar al público, y para alucinar el ánimo del incauto príncipe. Consiguiólo; porque presentando á este una capciosa profesion de fe, que tenia apariencia de católica, logró que se le levantase el destierro; pero no pudo lograr que el patriarca le admitiese en su comunión, conociendo la mala fe con que procedía; y á pesar de las súplicas y empeños de sus parciales, nunca quiso reconciliarle con la Iglesia. Se trató de crimen su constante teson, y unidos los melecianos con los arrianos, no perdonaron á calumnia ni artificio para desacreditarle y para perderle.

Dieron principio á sus acusaciones delatándole como reo de estado, diciendo que habia impuesto de su propia autoridad á los Egipcios un tributo de ropa de lino ó de ornamentos para la iglesia de Alejandria. Habiendo sido plenamente justificado por dos presbiteros suyos, Alipo y Macario, que se hallaban en la corte, le suscitaron dos nuevas acusaciones mucho mas feas: la primera, que habia hecho pedazos un cáliz, y destruido ó arruinado una iglesia por medio de cierto presbítero que se llamaba Macario; y la segunda, que habia remitido una gran cantidad de dinero á cierto rebelde, llamado Filomeno, que habia tomado las armas contra el emperador, aspirando no menos que á usurpar el imperio. Llamó Constantino á la corte á nuestro santo; reconocida su inocencia y la malignidad de los calumniadores, le volvió á enviar á su iglesia, colmándole de elogios.

No se acobarda la herejía por mas que sea confun-

da. Acusaron al santo de que habia asesinado á Arsenio, obispo meleciano, y que le habia cortado la mano derecha con el fin de usar de ella para sus operaciones mágicas; y para engañar al público, tuvieron la insolencia de llevar por todas partes en una caja una mano derecha que habian hecho secar. Pero habiendo sido descubierto Arsenio en Fenicia, donde se habia escondido ó le habian hecho esconder, y hallado con las dos manos sanas, quedó confundida la impostura de los arrianos y de los melecianos.

La vergüenza suspendió por algun tiempo la malicia de sus enemigos; y nuestro santo se aprovechó de estos momentos de calma para visitar las iglesias de su obispado, que por mas distantes oian menos veces la voz de su pastor. En esta visita vió la primera vez el célebre monasterio de Tabena. Su abad san Pacomio le salió á recibir al frente de sus monjes, cuyo número era de muchos millares; los que distribuidos en veinte y cuatro clases ó coros, le condujeron como en triunfo, cantando salmos, al monasterio.

Entre tanto no se descuidaban los arrianos y melecianos; y desesperando de poder alterar la fe, ó doblar el teson de san Atanasio, discurrieron nuevas trazas para desacreditarle en el concepto del emperador. Obtuvieron su permiso para convocar un concilio en Cesarea de Palestina; y considerando Atanasio que este concihábulo se componia únicamente de sus enemigos, se negó á concurrir á él. Eusebio de Nicomedia, jefe de la conspiracion de los arrianos, y los demás prelados desafectos á nuestro santo, supieron pintar esta resistencia al emperador con tan feos colores, que desde entonces concibió este contra el patriarca las malignas impresiones que le duraron toda la vida. Mandó que el año siguiente



se convocase un concilio en la ciudad de Tiro, dando orden á san Atanasio de que sin falta asistiese á él, y el santo obedeció.

Cuando entró en el concilio, le ordenaron los presidentes que se estuviese en pié, como está un reo delante de sus jueces; lo que indignó tanto al santo obispo Potamion, insigne confesor de Cristo, que sin poder contenerse, dirigiendo la palabra á Eusebio de Cesarea, uno de los presidentes del conciliábulo: *Acuérdate, le dijo, de la cobardía que mostraste en la última persecucion. ¿Pues cómo tienes valor y vergüenza para estarte tú sentado, mientras está en pié Atanasio, hombre de vida irreprochable?* Abrieron entonces los ojos muchos santos prelados; y conociendo que los habian engañado, siguieron á san Pafnucio, que, tomando de la mano á san Máximo, obispo de Jerusalem, se salió de la asamblea.

No por eso desistieron los arrianos de su empresa. Formóse la causa; revivieron las antiguas calumnias, y fué de nuevo preguntado el presbítero Marcario. Ya se habia dado comision para ir á hacer nuevas informaciones sobre el supuesto asesinato de Arsenio, cuando este se presentó delante del conciliábulo, vivo, sano y sin que le faltase miembro alguno de su cuerpo. Hizose comparecer á una mala mujer, que habian sobornado con dinero, para acusar á nuestro santo; y ella lo hizo declarando en pleno concilio que Atanasio la habia deshonorado.

El santo entonces, por uno de aquellos extraordinarios rasgos de prudencia que inspira el Espíritu Santo en los mayores apuros, entró en el concilio acompañado de uno de sus presbíteros, llamado Timoteo; y fingiendo este que era el santo patriarca, preguntó á la descarada mujer con resolucion y con despejo: *¿Dime, mujer, soy yo el que te violenté? Si, respondió ella, tú mismo eres; y afectando*

deshacerse en lágrimas, clamaba al concilio por justicia y por venganza. Echaron con oprobio del concilio á la mujer como merecia; pero se irritaron tanto los arrianos con la vergüenza de ver descubiertas sus calumnias é imposturas, que hubieran hecho pedazos á Atanasio, á no haberse escapado de la ciudad secretamente la siguiente noche.

Pero no por eso se acobardaron los herejes, ni cesaron de forjar cada dia nuevas acusaciones. Sabiendo bien lo mucho que sentia el emperador todo lo que tocase á su nueva ciudad de Constantinopla, le aseguraron descaradamente que Atanasio prohibia la extraccion de los granos que se acostumbraban sacar de Alejandria para el abasto de la corte. Irritóse tanto el emperador, que sin querer dar oidos á Atanasio que ofreció probar hasta la evidencia la falsedad de aquella quimérica acusacion, le desterró á Tréveris. Obedeció, aunque era tan visible su inocencia. Despues de muchas fatigas, llegó al lugar de su destierro, cuyo obispo, que era á la sazón san Máximo, le recibió con el mayor respeto, venerándole siempre como á invencible defensor de la fe, y confesor ilustre de la divinidad de Jesucristo. Muerto el emperador Constantino, su hijo Constantino el menor, que era emperador de Occidente, despues de dos años de destierro, le restituyó á su iglesia de Alejandria, con cartas de recomendacion muy honorificas, en que apellidándole oráculo de la ley divina, decia que su padre Constantino le habia enviado á las Galias por algun tiempo, solo para ponerle á cubierto del furor de los malignos que habian maquinado su ruina. Imperaba en el Oriente Constantino, y aunque se habia declarado fautor de la herejia arriana, no se atrevió á oponerse á esta resolucion de su hermano.

Fué recibido el santo Patriarca, así del pueblo



como del clero, con aquellas demostraciones de gozo que causa la vuelta de los santos perseguidos por la fe; pero duró poco la calma. Los mismos que le habian condenado en el conciliábulo de Tiro, convocaron otro en Antioquia el año de 341, en el que consagraron por patriarca de Alejandria á Gregorio de Capadocia. Entró en la ciudad con mano armada el pseudo-patriarca; y apoderándose de todas las iglesias, cometió tantas violencias, tantas profanaciones y tantos sacrilegios, que Atanasio se vió precisado á huir y á refugiarse en Roma. Recibióle con veneracion el papa Julio, y escribió á los obispos de Oriente, ordenándoles que concurriesen á Roma para terminar estas diferencias. Celebróse este concilio el año de 342, en el cual se justificó Atanasio plenamente; fué aprobada y aplaudida la pureza de su fe, no menos que el valor de su constancia; y el papa se prendó tanto de su rara sabiduria y virtud, que le detuvo en Roma tres años. Opusieronse con el mayor esfuerzo á que fuese restituido á su iglesia los arrianos protegidos por el emperador Constantio. Fué preciso convocar otro concilio en Sárdica el año de 347, en el cual fué reconocida con admiracion y con elogio la inocencia de nuestro santo, el intruso Gregorio fué excomulgado y depuesto, y Atanasio restituido á su silla. Los obispos arrianos, que se habian retirado del concilio, se juntaron tumultuariamente en Filipópolis, y tuvieron la insolencia de excomulgar á los padres del concilio sardicense, y al mismo papa Julio, porque habia comunicado con Atanasio. En fin, fué necesaria toda la autoridad del emperador Constante para que nuestro santo se viese restablecido en su iglesia.

Irritó furiosamente á los arrianos la pompa y los regocijos públicos con que se le recibió en Alejandria; y su virtud, su zelo y la valerosa intrepidez

con que proseguia en defender la divinidad de Jesucristo, suscitaron contra él otra nueva persecucion. Habiendo pasado Atanasio á la corte de Antioquia á besar la mano al emperador, persuadieron los arrianos á este príncipe que pidiese al patriarca una iglesia en Alejandria para los que hacian profesion de su secta. Señor, le respondió Atanasio, *vengo en ello, con tal que V. M. me conceda otra en Antioquia para los que profesan la religion católica.* Halláronse muy embarazados los arrianos con una respuesta que no esperaban, y renunciaron á su pretension, teniendo por menor inconveniente carecer ellos de una iglesia en Alejandria, que conceder otra á los católicos dentro de la corte.

Volvió á florecer en Alejandria la disciplina y la virtud con la vuelta de nuestro santo; pero fué de corta duracion la tranquilidad. Habiendo muerto por este tiempo el emperador Constante, y no cesando Atanasio de escribir y predicar contra la impiedad arriana, se vió combatido de nuevas y furiosas olas. Celebráronse contra él los conciliábulos de Arlés, Aquileya y Milan; y porque san Eusebio, obispo de Vercéli, san Dionisio de Milan, san Lucifero de Caller, el célebre Osio y el papa Liberio no quisieron firmar la condenacion de Atanasio, todos fueron desterrados, y el santo lo fué tambien de su iglesia de Alejandria. No pudiendo resolverse á abandonar del todo á su querido rebaño, estuvo escondido por algun tiempo; pero enfureciéndose mas y mas la persecucion, se vió precisado á retirarse al desierto; y los arrianos colocaron en la silla patriarcal de Alejandria á Jorge, hijo de un tintorero de Capadocia. No se puede pensar sin horror en todos los sacrilegios y en todas las maldades que cometieron los herejes en esta ocasion.

Mientras Atanasio estaba en el desierto, tuvo el



consuelo de heredar el pobre, pero preciosísimo manto, que san Antonio le habia dejado en la hora de su muerte; sucedida en aquel mismo año; y el santo hizo de él tanto aprecio, que lo restante de su vida se lo puso en las mayores festividades como una preciosa gala. Ni pasó ociosamente el tiempo que estuvo en la soledad, porque á ella debemos mucha parte de sus escritos. Allí compuso su apología que dirigió al emperador, y el tratado de los Sinodos, que escribió con ocasion de lo sucedido en los concilios de Seleucia y de Rimini.

Muerto en este tiempo el emperador Constancio, y habiéndole sucedido en el imperio Juliano Apóstata, levantó el destierro á todos los obispos desterrados; y á favor de este decreto volvió Atanasio á su iglesia. Poco antes habia sido muerto en un motin popular el usurpador Jorge; y por esta casualidad gozó el santo patriarca de algun reposo, que empleó útilmente en reformar las costumbres y en restablecer la disciplina eclesiástica.

Pero el que era tan aborrecido de los herejes, por precision no lo habia de ser menos de los gentiles. Sabiendo el apóstata Juliano la grande reputacion en que estaba nuestro santo, envió orden para que le quitasen la vida. Dieron aviso al Patriarca; y para que no fuese maltratado su pueblo, que estaba resuelto á exponer su vida por defender la de su santo pastor, se metió prontamente en un barco, y subiendo por el Nilo, hizo vela hácia la Tebáida. El que estaba encargado de matarle, noticioso de su fuga, se embarcó tras él, y bien pronto le hubiera cogido, si el santo, por un rasgo de sagacidad verdaderamente superior, no hubiese mandado que su barco volviese prontamente la proa hácia Alejandria. Encontrándose presto con el otro en que navegaba el oficial, este preguntó á lós pasajeros si iba lejos la embarcacion

de Atanasio; y como ellos le respondiesen que no estaba muy distante, el oficial, sin decir otra cosa, mandó forzar los remos para alcanzarla, y pasó adelante. Con esto volvió el santo á la ciudad, donde estuvo oculto hasta la muerte de Juliano, que sucedió seis meses despues. Ascendió al imperio Joviano, príncipe muy católico, que dirigiendo todos sus esfuerzos á que triunfase el concilio de Nicea, llamó á Atanasio á Antioquia, y quiso saber de su misma boca todo lo que habia padecido por la religion.

No hizo el santo larga mansion en la corte: llamado de su obligacion y solicitud pastoral, volvió cuanto antes á cuidar de su diócesis y á emprender la visita; mas parecia que el Señor habia determinado santificarle por medio de las tribulaciones. La temprana muerte del piadoso emperador Joviano volvió á encender el furor y la malignidad de los herejes. Sucedióle Valente, que favorecia á los arrianos; y la primera gracia que le concedió, fué que echasen á Atanasio de su silla. Fué general la consternacion en Alejandria; y creyendo el santo que era prudente ceder á la tempestad, se escondió en la misma sepultura de su padre, donde estuvo por espacio de cuatro meses. Esta era la cuarta vez que el santo se ocultaba para evitar las funestas desgracias que ordinariamente traen consigo los motines populares, que se habrian suscitado con su prision.

Pero tambien parecia que el Señor disponia estas temporadas de retiro, para darle tiempo á que prestase en ellas mas importantes servicios á la Iglesia. Porque no contentándose su zelo con combatir contra los arrianos, no era menos ardiente en reprimir á los demás herejes. Defendió la divinidad del Espiritu Santo contra los macedonianos, como habia defendido contra los arrianos la divinidad del Verbo; y los últimos años de su vida escribió en defensa



del misterio de la encarnacion contra los apolinaristas.

Entre tanto, no pudiendo el pueblo de Alejandria llevar con paciencia la ausencia de su pastor, comenzó á levantar el grito, tan sin reparo, que llegaron sus sentidas quejas á los oidos de Valente; y temiendo este alguna sedicion, dió orden para que se dejase á Atanasio vivir en paz en su iglesia. Mantúvose en ella hasta la muerte, empleando lo que le restó de vida en conservar la fe en toda su pureza, y la disciplina de las costumbres en todo su vigor. En fin, á los cuarenta y seis años de su obispado, consumido al fuego de la mas turbulenta, de la mas tenaz y mas viva persecucion, murió lleno de merecimientos, el dia 2 de mayo del año 373.

Las honras que se le hicieron despues de muerto, fueron correspondientes á la estimacion y á la veneracion que se le profesaba cuando vivo, y en sus funerales se dejó ver toda la pompa y toda la majestad de un verdadero triunfo. En el octavo siglo fueron trasladadas sus preciosas reliquias á Constantinopla; lo que dió ocasion á san German, que era á la sazón patriarca, de componer un oficio nuevo en honra de nuestro santo. Se dice como cosa cierta que con el tiempo fueron robadas á aquella ciudad y conducidas á Venecia, donde son guardadas con el mayor cuidado.

Merecieron siempre tan alta estimacion los escritos de san Atanasio, que solia decir el abad Como, que si se hallase algun opúsculo suyo, y faltase papel para copiarle, se debia trasladar y bordar sobre el propio vestido. Finalmente san Gregorio Nacianzeno da principio á una oracion fúnebre en elogio de nuestro santo, diciendo que alabar á Atanasio y alabar á la virtud era una misma cosa.

## MARTIROLOGIO ROMANO

La fiesta de san Atanasio, obispo de Alejandria, varon eminentísimo en doctrina y santidad, tan perseguido por todas partes, que toda la tierra parecia haberse conjurado contra él. No dejó de defender la fe católica con intrepidez de ánimo desde el tiempo de Constantino hasta el de Valente, contra los emperadores, contra los gobernadores de provincia y contra un número infinito de obispos Arrianos, los cuales le armaron tantas asechanzas, que casi siempre andaba fugitivo, sin que pudiese hallar en todo el universo un lugar seguro; en fin, despues de muchos combates y triunfos que ganó con su paciencia, habiendo vuelto á su iglesia, pasó á mejor vida el año cuarenta y seis de su pontificado, en tiempo de los emperadores Valentiniano y Valente.

En Roma, los santos mártires Saturnino, Neopolio, German y Celestino, quienes despues de haber sufrido mucho, fueron arrojados en una prision, de donde pasaron al descanso eterno.

Además, san Exuperio y santa Zoe su esposa, con sus hijos Ciriaco y Teódulo, martirizados en tiempo del emperador Adriano.

En Sevilla, san Félix, diácono y mártir.

El mismo dia san Vindemial, obispo y mártir, el cual, con los santos obispos Eugenio y Longinos, combatiendo á los Arrianos y confundiéndolos con su doctrina y milagros, fué decapitado por orden del rey Hunerico.

En Ayila en España, san Segundo obispo, de quien se vuelve á hablar el dia quince de este mes.

En Florencia, san Antonino, de la orden de Predicadores, célebre por su santidad y doctrina: su fiesta se celebra el dia diez de mayo.



*La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.*

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in B. Athanasii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolvet peccatis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

*La epistola es del cap. 4 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Non nosmetipsos prædicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum; nos autem servos vestros per Jesum: quoniam Deus, qui dixit de tenebris lucem splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris ad illuminationem scientiæ claritatis Dei, in facie Christi Jesu. Habemus autem thesaurum istum in vasis fictilibus; ut sublimitas sit virtutis Dei, et non ex nobis. In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur: aperiuntur, sed non destituuntur: persecutionem patimur, sed non derelinquimur: deiecimur, sed non desperamus: padecemos mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. Semper enim nos, qui vivimus, in mortem

Rogámoste, Señor, que oigas benigno las súplicas que te hacemos en la solemne fiesta de tu bienaventurado confesor y pontífice Atanasio, y que nos libres de todos nuestros pecados, por los méritos de aquel que te sirvió con tanta fidelidad. Por nuestro Señor Jesucristo...

Hermanos: No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor; á nosotros, pues, como siervos vuestros por Jesus: porque Dios, el cual dijo que resplandeciese la luz de entre las tinieblas, él mismo resplandeció en nuestros corazones, para que se hiciese clara la ciencia de la gloria de Dios en el semblante de Jesucristo. Pero este tesoro le tenemos en vasos de barro, para que la superioridad sea de la virtud de Dios, y no de nosotros. Por todas partes padecemos tribulacion, pero no decaemos de ánimo: somos angustiados, pero no nos desesperamos: padecemos persecucion, pero no somos abandonados: somos abatidos, mas no perecemos; llevando siempre por todas partes en nuestro

tradimur propter Jesum: ut et vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali. Ergo mors in nobis operatur, vita autem in vobis. Habentes autem eundem spiritum fidei, sicut scriptum est: Credidi, propter quod locutus sum, et nos credimus, propter quod et loquimur: scientes quoniam qui suscitavit Jesum, et nos cum Jesu suscitabit, et constituet vobiscum.

cuerpo la mortificacion de Jesucristo, para que tambien la vida de Jesus se manifieste en nuestros cuerpos. Porque continuamente nosotros, que vivimos, somos entregados á la muerte por amor de Jesus, para que tambien la vida de Jesus se manifieste en nuestra carne mortal. Triunfa, pues, la muerte en nosotros, y en vosotros la vida. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, segun está escrito: Creí, por lo cual hablé; y nosotros creemos, por lo cual tambien hablamos: sabiendo que aquel que resucitó á Jesus, nos resucitará tambien á nosotros con Jesus, y nos colocará entre vosotros.

#### NOTA.

« Escribió san Pablo esta segunda epistola movido » de la adhesion que mostraban los Corintios á la » doctrina que les habia predicado, y de los esfuerzos que hacian algunos falsos apóstoles para des- » acreditarle. Su objeto en este capitulo IV, de donde » se sacó la epistola de la misa, es persuadir á aquellos fieles, que aunque los ministros del Evangelio » estén sujetos á muchas tribulaciones, y se hallen » cada dia expuestos á mil humillaciones, no por » eso deben los verdaderos fieles desmayar ni entibiarse. »

#### REFLEXIONES.

No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor. *Non nosmetipsos prædicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum.* Solo pueden